

ficción Doce hombres *realidad* sin piedad

Asistimos al estreno de esta película, bajo el influjo de la propaganda que de la cinta se había hecho. Propaganda avalada por el semanario DESTINO. Propaganda, a mi entender, digna y merecida, porque la cinta posee muchos aciertos, aunque quizás no tantos como se haya dicho.

La acción se desarrolla en un escenario único, circunstancia más en consonancia con las limitaciones espaciales del teatro, que con las amplias posibilidades del cine. Pero, la movilidad de una cámara sabiamente dirigida, y como si fuese una lupa, nos permite captar los más nimios detalles de una recoleta sala de juzgado y las más sutiles reacciones de cada uno de los doce hombres que componen el jurado, a compás de las discusiones de una deliberación que los mantiene con pensamiento y nervio tensos, hasta lograr la necesaria unanimidad de sentencia.

El hecho ocurre en pleno verano y bajo el castigo de un calor agobiante. La pesadez producida por el calor, su agobio son usados como símbolos de la desazón anímica, del ahogo que experimentan los doce hombres allí reunidos, en sus vacilaciones y dudas para sentenciar el caso. Un ventilador que no funciona es la imagen patente de la confusión general, del desconcierto. Una tormenta atmosférica descarga sus iras, cuando el ambiente en la sala alcanza tensiones imposibles. Después, renace en el exterior la calma y, en torno de la mesa, las tensiones viven su crisis. Inmediatamente uno de los jurados consigue poner el ventilador en marcha. El buen final se adivina; se sabe. Contra un muchacho de unos diez y ocho años, presunto parricida, se ha abierto y celebrado una causa. Juicio al que once de los jurados responden con un veredicto de culpabilidad; pero la sentencia va cambiando de signo, gracias a las palabras del único jurado que siente, ante las pruebas, una duda razonable. Afronta las opiniones contrarias de sus compañeros, porque su conciencia le impide enviar un hombre a la silla eléctrica, ante unas pruebas deficientes. Es decir, la película no aboga contra la pena de muerte, sino simplemente es un grito en favor de la justicia. Cosa que, hasta cierto punto, roba trascendencia y absolutismos al tema debatido en la cinta. Pero a falta de esta trascendencia total, bien está comulgar con la justicia.

Los once miembros restantes del jurado popular que intervienen en la causa, no son precisamente hombres sin piedad, porque, de haberlo sido, el proceso no hubiese cambiado de signo. Son once hombres de distintas profesiones y de diferentes clases sociales, temperamentales diferentes también, pero unificados por el común denominador de indiferentismo, de apatía, de rehuir pensamiento y dolor, que caracteriza, en general, el carácter de los hombres de nuestra época. No obstante, no son hombres maleados; ni por un afán de lucro, ni amigos de dejarse sobornar ni del soborno. Huyen, sí, del dolor y de la preocupación, fieles al refrán, «Los malos ratos, pasarlos pronto», aunque con ello se pierda y se condene una vida. Sólo a uno de ellos le vemos actuar con intención preconcebida, como si la venganza le empujara. Es el pobre padre de un hijo pródigo, de un hijo que no sabe encontrar el camino de su casa, el camino del bien. Condenando a muerte al presunto parricida, se imagina ejecutar ambiente y vida que apartaron a su hijo de la senda de la honradez.

«Doce hombres sin piedad», argumento de Reginald Rose y realización de Sidney Lumet, mereció el Premio de la Oficina Católica Internacional del Cine. Y uno se pregunta si el premio le fué concedido porque en la película se defiende una idea de justicia, o, si porque, en esencia, los doce hombres sin piedad, eran doce hombres buenos. Si no buenos por lo menos, buena tierra, capaz de que en su seno germinara la semilla de la bondad, esparcida por las manos del primer sembrador que les consideró hombres enteros. Y en verdad, esta confianza en el prójimo es hermosa y edificante.

I. d'Andraitx.

CARNET DE ARTE

F A B E R

Willi Faber es un artista sereno. Es un clásico por su equilibrio, un asceta por su inmaterialidad y un poeta por lo lírico de sus armonías.

A este artista debemos estudiarle en tres facetas distintas, la primera: su principio extensivo de las formas; la segunda sus fondos traslúcidos y musicales, donde por el grafismo y la sonoridad expresiva de sus composiciones su arte se acerca más a Paul Klee, y la tercera: sus tentativas de integración, las cuales aparecen en tres o cuatro de sus obras de pequeño formato.

El abstraccionismo alemán ha acusado siempre una sensibilidad cerebral que casi nunca ha sido traicionada. sensibilidad en lo que atañe a los conceptos de musicalidad y contraposiciones cromáticas. Cerebro en cuanto a equilibrio, ordenación y composición de la fuerza de la obra. Faber ha recogido todo esto y lo ha convertido en un mensaje tradicional, deteniendo la propia función de sí mismo al quedarse satisfecho «por aquello que no había luchado ni descubierto». De ahí un determinado premio que en el pasado año querían concederle, y que al final no hubo tal por ser el artista de nacionalidad alemana.

En la primera faceta apuntada, «su principio extensivo de las formas» queda justificado con lo que decimos. Faber no ronda el tema en razón de sí, sino en propia función de aquel, de una forma determinada e independiente. El hombre, en este caso, no juega un papel preponderante, sino que la estética le ha sido dada por un cúmulo de circunstancias favorables.

Faber no ha descubierto nada ni su misión ha sido sufrir en el campo del arte; su estética ha nacido de una ética personal segura, consciente de sí, y de su función estética.

Con lo dicho queda ya aclarada también la segunda faceta que apuntábamos: «sus fondos traslúcidos y musicales...», debemos aclarar empero que su acercamiento a Klee es solo de forma no de fondo. Faber ha intuido los resultados a que llegara Klee con su obra pictórica de tan múltiples asonancias, pero no el fenómeno que dió lugar a una de las más grandes justificaciones del arte contemporáneo. Este no fué otro que una honda necesidad de no estancarse, siendo aventura plástica una necesidad de vida y de superación, al margen del lógico estancamiento, y de sacrificar lo estático a lo dinámico.

En sus tentativas de integración —tercera faceta— Faber encuentra un motivo para acercarse a las nuevas tendencias del arte de la última década, pero no creemos que el artista alcance algo por la misma, ya que un logro en el «arte de proyección» es mucho más difícil que conseguir algo en el abstraccionismo lírico, en el que hasta ahora ha militado con el estigma clásico como fondo y principio de su ética toda, sea cual sea su tendencia.

Luís Bosch C.

Aguas carbónicas

La Mascota

O. CASELLAS

PINTURA - DECORACIÓN

Hotel "LES NOIES"

Bar ELDORADO